

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 11 Marzo de 1893

Núm. 41

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO EN 1893



PALACIO DE LA ELECTRICIDAD

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—El modelo y la imitación (conclusión), por C. SUÁREZ BRAVO.—Un diputado modelo (poesía), por J. FEDERICO MUNTADAS.—Los pigmeos de la grande selva africana, estudio publicado en la revista norte-americana *Scribner's Magazine*, en el mes de Enero de 1891 (conclusión), por ENRIQUE M. STANLEY.—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados.—LA FERIA DEL MUNDO: EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO EN 1893: Palacio de la Electricidad.—Vista general.—Edificio para la Administración.—Palacio para los Transportes.—Palacio de la Agricultura.—SUCECOS DE EGIPTO: El Kedive aclamado por el pueblo, en el Cairo.—Abbas I, Kedive del Egipto.



Crónica

EN medio de las preocupaciones políticas y financieras, ha atraído vivamente la atención de Europa un acontecimiento artístico. Aludimos al estreno de la ópera *Falstaff*, de Verdi, verificado en el célebre teatro de la *Scala* de Milán, y que ha procurado á su autor un nuevo y merecido triunfo. El compositor Verdi forma parte de aquella generación de hombres que, como el papa León XIII, como el presidente del Ministerio británico Mr. Gladstone, conservan después de haber traspuesto los ochenta años ó cerca de ellos el vigor de la inteligencia y la energía de voluntad que tuvieron en los años más floridos de su vida. Verdi no se ha arredrado ni ante la fatiga continuada de la creación de una nueva partitura, ni ante las numerosas molestias que ocasiona el ensayarla y ponerla en escena. Verdi ha querido ahora tratar la música cómica, de la que en otros tiempos sólo había hecho un ensayo poco feliz, y al decir de críticos autorizados de diversos países, que asistieron al estreno de *Falstaff*, ha mostrado en la empresa una facilidad y una abundancia prodigiosas y sobre todo una espontaneidad y frescor admirables en las melodías. Según parece, en esta nueva ópera ha seguido siendo italiano, si bien pagando el tributo debido á principios que admiten hoy todas las escuelas. Shakespeare, que ha procurado inspiración á tantos artistas, se la ha facilitado también ahora al autor de *Rigoletto* y *Aida*. El personaje cómico de Falstaff que representa papel principal en *Las alegres comadres de Windsor* y en *Enrique V*, constituye la base del libreto que ha escrito Arrigo Boito, autor de la letra y de la música de *Mefistofele* y de la letra de *Otelo* con música del propio Verdi.

* * *

En las islas Canarias han sido recibidas con vivas demostraciones de júbilo la nao *Santa María* y las carabelas *Niña* y *Pinta*. Ha habido bailes y se han dado banquetes pronunciándose entusiastas brindis. En Santa Cruz de Tenerife se cantó en la catedral un solemnisimo *Te-Deum*, siendo considerable la afluencia de forasteros que de todas partes acudió á aquella ciudad. Las tres naves han salido

ya para los Estados Unidos, remolcadas ó convoyadas por buques de guerra de aquella República. Resueltamente irán á Chicago representando al Rey, á la Reina Regente y á España, SS. AA. RR. los infantes doña Eulalia y don Antonio. Es probable que salgan de la Península á últimos de Marzo, embarcándose, no en un buque de la armada, como se ha dicho por algún periódico, sino en uno de los más magníficos vapores de la Compañía Trasatlántica, en los cuales podrán encontrar las mayores comodidades y el mayor confort para la travesía. Los infantes se detendrán un día en San Juan de Puerto Rico, en donde descansarán á bordo, continuando el día siguiente su viaje á la Habana. Aquí harán una estancia de cinco ó seis días, porque SS. AA. han mostrado deseos de visitar las poblaciones más importantes de la isla. Se alojarán probablemente en la Capitanía general y la entrada en el puerto la harán con toda solemnidad, trasbordando á este fin á un barco de guerra. La noticia de que irán á las Antillas los infantes doña Eulalia y don Antonio ha producido muy buena impresión en sus habitantes, quienes, según dice la prensa, les harán un afectuoso recibimiento.

* * *

Ha habido nuevo cambio de ministerio en Portugal. El presidente del que acaba de jurar, el señor Hintze Ribeiro, regenerador, expuso en la Cámara un programa, que, como los de todos los ministerios anteriores, puede resumirse en la necesidad de hacer las mayores economías para arreglar la situación financiera. El nuevo presidente del gabinete no se muestra inclinado á aumentar los derechos de consumos, al objeto de procurar ingresos al Tesoro, por haberse hecho cargo de que la vida resulta ya muy cara en Portugal, sobre todo en sus dos ciudades más populosas, Lisboa y Oporto. El propósito manifestado por el gobierno anterior de aumentar los derechos de consumos, gravando particularmente los artículos indispensables al sustento diario, fué causa de que se produjera una animadversión popular en contra suya, que ha contribuido á derribarle, aun cuando el golpe directo se lo ha dado la oposición de los dos principales partidos políticos, los regeneradores y los progresistas.

* * *

También en nuestro país se preocupa mucho el gobierno en la realización de economías á fin de llegar á la nivelación del presupuesto, el *desiderátum* de muchísimas naciones, por no decir de casi todas. Las supresiones que se hacen, las reducciones de sueldos, las economías, en una palabra, en el personal y en el material, por importantes que fueren, vienen á resultar insignificantes al lado de la cuantía de las deudas que abruma á gran número de Estados. El ministerio del señor Sagasta trata, al parecer, de cumplir las promesas que hizo en la oposición, y busca el modo de reducir los gastos y de aumentar los ingresos. Para lo último, se propone lograr que la tributación se lleve á cabo con estricta justicia, pagando cada uno lo que en realidad le corresponde, y que en la recaudación de todos los impuestos no se continúen abusos que han dado por resultado, desde muchos años, una merma considerable en la cantidad que hubieran debido percibir las arcas del Tesoro. Moralícese la administración y los ingresos aumentarán, sin duda alguna, de un modo considerable. Con objeto de reducir los gastos se trató en Consejo de Ministros de cambiar la organización general administrativa de nuestro país. Uno de los proyectos presentados por el ministro de la Gobernación, don Venancio

González, dividía España en quince grandes provincias; según otro proyecto del propio ministro se suprimían doce ó catorce de las actuales. El deseo de formar grandes circunscripciones administrativas, para dar más importancia á la vida regional, lo han abrigado otros ministros anteriores, entre ellos don Francisco Silvela, pero todos se han detenido ante las dificultades de realizar el pensamiento y ante la desorganización que por mucho tiempo acarrearía en todos los servicios. El ministerio del señor Sagasta en esta ocasión tropieza con los mismos obstáculos, teniendo además en cuenta de que el beneficio económico, que sería relativamente pequeño, no compensaría los inconvenientes del desbarajuste que por mucho tiempo se experimentaría. Si los ministros permaneciesen durante años al frente de un departamento, si además la política les dejase vagar para ocuparse en asuntos meramente administrativos, si por añadidura no hubiesen de sacrificar muchas veces á las exigencias de partido sus convicciones en punto á la gobernación del Estado, habría medio entonces de que las reformas, absolutamente necesarias en la división y organización administrativa de España, pudiesen irse realizando paulatinamente, sin sacudidas, sin el desbarajuste que ha asustado á los ministros á que hemos aludido. La estabilidad ministerial, por desgracia, es una quimera en nuestra nación y sin ella no pueden emprenderse, y menos realizarse, mejoras de extensión y trascendencia.

* * *

En Francia el Senado ha elegido presidente á M. Julio Ferry por 148 votos entre 249 votantes. Este hombre de Estado era objeto de una animadversión muy marcada desde la campaña del Tonkín, que fué desastrosa para los franceses, porque en ella perdieron muchos hombres ocasionándoles cuantiosos gastos. La elección de M. Ferry ha sido recibida de una manera muy diversa por los periódicos, según sus tendencias políticas. Alguno de ellos indica que la nueva subida de dicho personaje puede apuntar hasta á la misma presidencia de la República, ya que se asegura que M. Ferry ha estado trabajando contra M. Carnot, con el intento, más ó menos oculto, de suplantarle en su elevado puesto.

* * *

Las noticias de la América del Sur hablan de diferencias entre la República Argentina y la de Chile, por causa de una provincia de los Andes, que ambas reivindican. Los últimos telegramas recibidos de Inglaterra indicaban temores de que pudiese sobrevenir un rompimiento, lo cual sería muy doloroso para ambos pueblos. Es lo cierto que la Argentina hace considerables aprestos militares, aumentando el armamento y el efectivo de su ejército y adquiriendo un crucero en Inglaterra, además de haber hecho allí otros encargos parecidos. Una guerra entre la Argentina y Chile, aparte de las pérdidas de vidas que traería necesariamente consigo, sería muy perjudicial para la regeneración económica de ambos países. La Argentina, en los últimos tiempos, se ha visto también contrariada por sublevaciones ocurridas en la provincia de Corrientes.

B.

El modelo y la imitación

(CONCLUSIÓN)

II



A los dos ó tres días el joven artesano, que estaba verdaderamente enamorado, se arrepintió de haberse dejado llevar de aquel momento de despecho, y andaba como sin sombra, todavía más disgustado de sí mismo que de Fineta. No quiere esto decir que se sintiese dispuesto á cambiar lo que él llamaba sus convicciones, pero pensó en sus adentros que bien hubiera podido, por amor de Fineta, disimularlas un poco, y aun interrogándose á sí propio halló que éstas se hallaban algo montadas al aire, como quiera que él no había estudiado el asunto y las aceptó sin examen. Teníalas, sin embargo, por buenas, sin más razón que la de ser modernas, y sobre todo, la de haberlas manifestado como suyas; pero la privación de la vista y del trato de Fineta iba pareciéndole un sacrificio cada día más doloroso. Volver después de su arrebató juzgábalo muy desairado y propio para hacer concebir de él una idea desventajosa. ¿Qué hacer? Para distraerse de estas tristes perplejidades y ocupar las horas, antes tan agradablemente empleadas, se metió á ojos cerrados en el movimiento socialista, al cual le arrastraban, por otra parte, la pendiente de sus aficiones, ya que él, como otros muchos espíritus generosos desprovistos de la instrucción necesaria y de la experiencia de la vida, fantaseaba una sociedad quimérica sin las irritantes desigualdades de fortuna que produce la libre función de las facultades humanas y de las circunstancias fortuitas, y aunque no veía con claridad los medios prácticos de que dejase de haber en el mundo pobres y ricos, felices y desgraciados, la falta de consistencia de sus ideas religiosas, deficientes, como hemos visto, en puntos esenciales, influida por las deplorables lecturas con que hoy distraen sus ocios las masas trabajadoras, dejaba su inteligencia sin defensa para discernir bien los falaces esplendores de la utopía. Su buen sentido, sin embargo, le había preservado hasta entonces de todo contacto con las sectas anarquistas. Siéndole antipáticas las ideas, todavía le eran más antipáticos los individuos, con algunos de los cuales se veía obligado á rozarse en los talleres; pero esta regla tenía una excepción.

Su compañero Marcial, de temperamento de acción y de lucha, y fanático por ingénita cortedad de vista intelectual, seguía manteniendo con él estrechas relaciones de amistad, que, á fuer de contraídas en la niñez, resistieron el choque casi diario que provocaba la divergencia de sus opiniones en materia tan ocasionada á alborotar los espíritus. Metido de patas en los manejos anarquistas, Marcial intentó muchas veces arrastrar á Vicente á las sombrías reuniones de la secta, siquiera para que formase juicio acerca de su extensión, de sus medios y de sus fines; pero Vicente, como hemos dicho, se negó constantemente á dar un paso que le repugnaba y cuyos peligros presentía.

Su ruptura con Fineta le puso un poco más blando de voluntad. Sucede muy á menudo que el descontento de sí propio suele irritar al hombre contra los demás, y en el corazón de Vicente empezó á convertirse en odio contra

los afortunados del mundo lo que antes no era más que protesta contra un estado social que, en su desconocimiento de la historia, consideraba violento é hijo del régimen cristiano. Seguía, sin embargo, resistiéndose á acompañar á Marcial á sus conventículos, á pesar de las seguridades que éste le daba de que semejante paso á nada le comprometía. Un sentimiento de curiosidad acabó por vencer sus escrúpulos.

Ocurría esto en una ciudad populosa, cuyo nombre no hace al caso, centro y casi cuna de todos los delirios que hoy agitan á los pueblos, y acababa de llegar secretamente á ella uno de los grandes agitadores de la extrema izquierda socialista.

—Figúrate, decía Marcial, que no se trata de un hombre como nosotros, reducidos á la piltrafa que nos echan los patrones cada semana, y que hay que tomar pena de la vida. Este es un señorón, un príncipe, antes lleno de millones y de siervos, que ha echado por la ventana para hacer guerra á esta infame sociedad que nos explota. Es uno de esos nihilistas que allá en su tierra han matado á un emperador y tienen al reinante con la sogá al cuello. Ahora trabaja con nosotros y ha jurado hacer saltar con la dinamita y el petróleo á media Europa. Es lo que se llama un hombre. Si quieres verle, esta noche se presenta en nuestra reunión, que por eso no será pública. Yendo conmigo, nadie te preguntará si eres de los afiliados.

Vicente aceptó esta vez la invitación, y á media noche penetró con su introductor en el local donde se celebraba la solemnidad. Era éste una vasta cervecería que ocupaba los sótanos de un grande edificio situado en uno de los barrios extremos de la ciudad. Ya estaba casi lleno, cuando entraron, de hombres que bebían y fumaban ó formaban grupos circulando de un sitio para otro, como para comunicarse noticias é impresiones. Vicente se negó instintivamente á acompañar á Marcial á mezclarse con ellos, y tomó asiento, decidido á no salir de su papel de espectador, en uno de los bancos colocados en forma de gradería á lo largo de todo el recinto. El cuadro que se ofreció á su vista no desdecía del que llevaba en la imaginación. Componíase la mayoría de los concurrentes de individuos de fisonomía dura é inquieta, á una gran parte de los cuales no les cuadraba la calificación de hombres, pues que aún no les apuntaba el bozo. El vicio, la ignorancia y la bestialidad de los apetitos había impreso en muchos de aquellos rostros su sello característico. Los trajes rudimentarios que llevaban algunos, á pesar de la rigidez del frío, y la pobreza y desaliño de las ropas de la mayor parte, revelaban que, si eran trabajadores, pertenecían á los oficios más humildes y materiales. Bebían y hablaban, gesticulando con vehemencia, y las frases que, destacándose del sordo zumbido de las conversaciones, llegaban á los oídos de Vicente, eran generalmente groseras y empedradas de blasfemias.

Un cuarto de hora de inspección bastaba para convenirse de que ni aun en aquel recinto, donde se congregaban las últimas consecuencias de la protesta revolucionaria, reinaba la igualdad. Moviéndose de un sitio para otro, y dirigiendo la palabra con aire protector á este y á aquel de los concurrentes, ó rodeados de un grupo á guisa de centro de atracción, se hacían notar individuos, no sólo mejor aliñados, sino alguno de ellos vestido como suelen vestirse los más acomodados burgueses. Eran indudablemente los jefes, ya que, donde quiera que se reunan hombres con algún semblante de organización, hay siempre que dejar puesto de preferencia al que se impone ó al

que se necesita, siquiera sea para una obra de desorden. Si Vicente hubiese estado más en contacto con el grueso de la gente allí reunida, no habría dejado de oír aquí y allí, al pasar estos corifeos por cerca de alguno de aquellos grupos, estallidos de odio que frisan en la amenaza, pero sordos y comprimidos sin duda por el miedo. El tono general del cuadro era sombrío como volcán en reposo, pero penetrado de una frialdad glacial. Se advertía que entre los individuos allí reunidos no circulaban corrientes de unión; las miradas vagaban inquietas bajo las cejas fruncidas, y hasta los que conversaban tenían pintado en el rostro el recelo y la desconfianza respecto unos de otros.

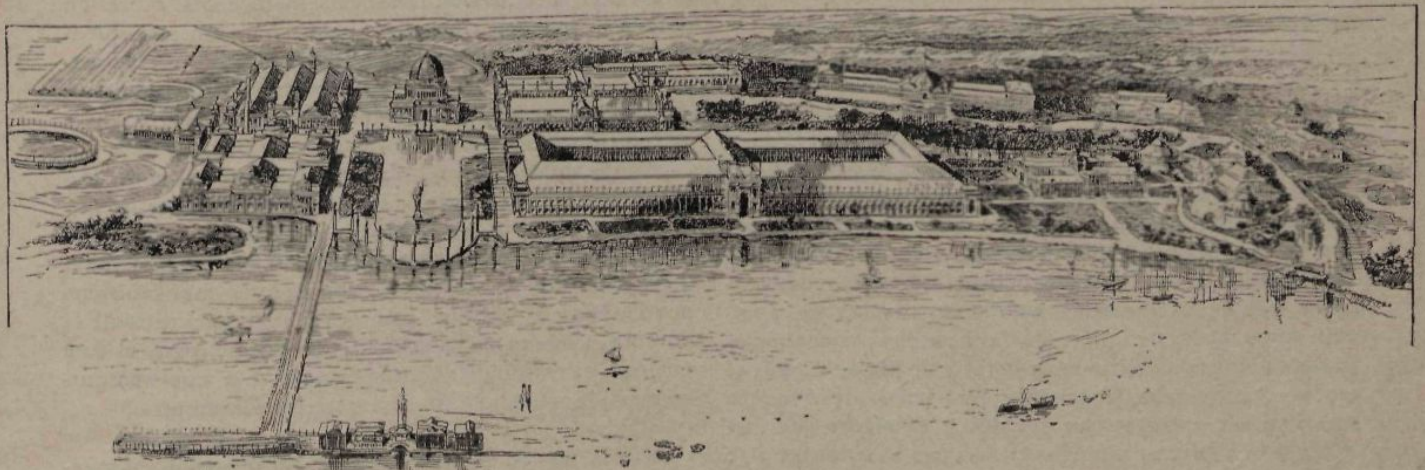
La entrada de algunos personajes de figura exótica y extranjeriza, que de todo tenían traza menos de obreros, reveló que iba á llegar el que era tan esperado. En efecto, al poco rato se verificó un movimiento de concentración hacia uno de los ángulos del local, cerca de una pequeña puerta que parecía casi disimulada en el muro y en la que estaban fijas las miradas. Ésta se abrió dando ingreso al gran revolucionario, cuya presencia fué saludada con una salva de aplausos, y delante del cual se formó inmediatamente una apretada falange de afiliados que, más que á admirarle, parecía destinada á proteger su persona. Paseó éste una rápida mirada por el concurso, inclinó mecánicamente la cabeza al estallar los aplausos y fué á ocupar una silla al lado de la presidencia, en un pequeño tablado, levantado para ello á pocos pasos. Era un hombre como de cincuenta años, de estatura mediana, cuyo rostro al primer aspecto producía una impresión desagradable, porque tenía la depresión de la nariz peculiar de la raza tártara. Sus otras facciones eran, sin embargo, de una gran corrección; los ojos penetrantes, la frente despejada, el cabello negro, entremezclado de hilos blancos, se rizaba naturalmente, formando un pequeño tupé al lado de la cabeza. La palidez de su rostro contrastaba con la energía de todos sus rasgos. Vestía un traje vulgar de americana, pero la pulcritud sin afectación de todo su aliño denunciaba al aristócrata.

Apenas tomó asiento se vió circundado por los que allí parecían desempeñar el papel de jefes, que al dirigirle la palabra tenían á pesar suyo más la apariencia de cortesanos que de hombres que hablan á otro colocado á su mismo nivel. En el semblante del célebre demagogo, al responder á unos y á otros, contrastaba de un modo singular la cortés amabilidad de la sonrisa, con la glacial expresión de la mirada, muro de hielo que rechazaba la familiaridad.

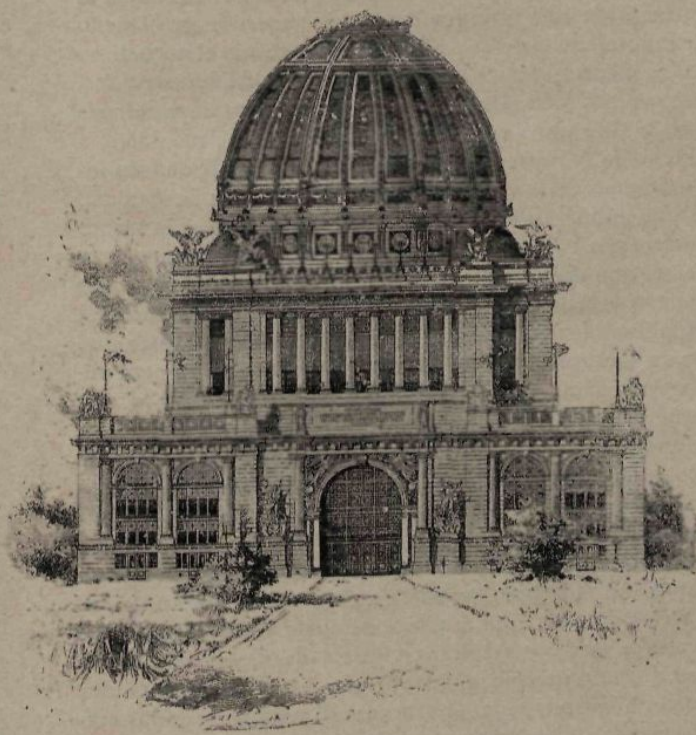
Uno de los que tenía más cerca se apartó para ocupar la presidencia, acto sencillo que no dejó, sin embargo, de provocar violentos murmullos en una parte del concurso. Como la reunión no tenía otro objeto que oír al extranjero recién venido, cuyo nombre envolvía la fama en una atmósfera de terrible misterio, se había procurado preparar su entrada en escena con la discusión de alguno de aquellos asuntos que se creyeron menos ocasionados á levantar tempestades; pero por mucho cuidado que pusieron los arenguistas encargados de esta parte del espectáculo en evitar el choque de los fluidos desordenados que flotaban en el ambiente, á cada momento la violencia de los murmullos y de las interrupciones entremezcladas de burlas soeces, amenazaban á la asamblea de disolverse en el tumulto. Era además grande la impaciencia por oír al compañero Espartaco, nombre de guerra con que era designado el boyardo.

Los oradores debían, sin embargo, estar acostumbrados

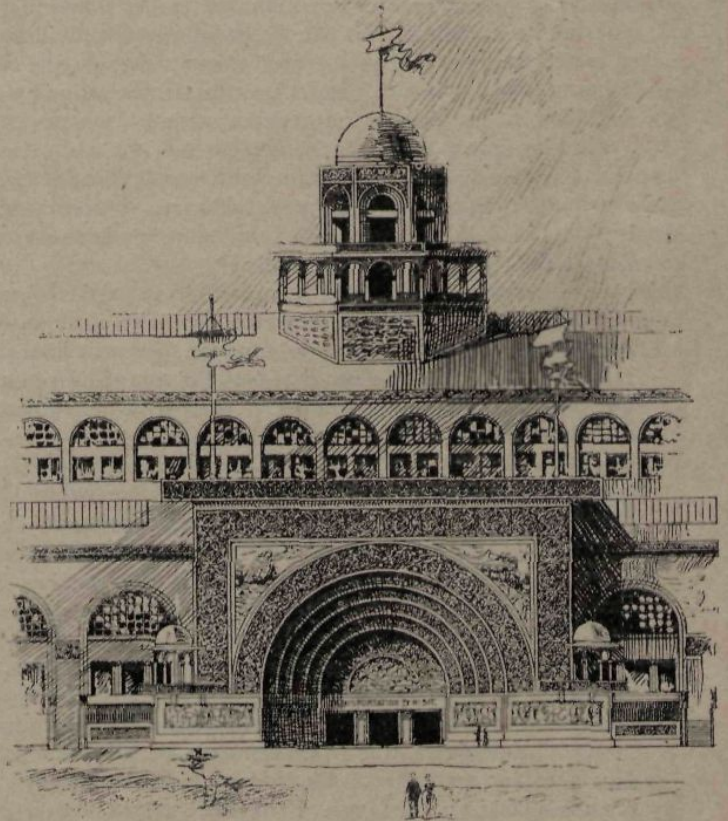
EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO EN 1893



Vista general



Edificio para la Administración



Palacio para los Transportes



Palacio de la Agricultura

á este género de acompañamiento, porque cada cual despachó mal que bien su *speech* en medio de un rumor espantoso. El último, que tenía fama de saber herir las cuerdas sensibles de aquella gente, deseoso de dar al nuevo huésped una idea de las teorías atrevidas que allí se profesaban, tronó á su sabor contra todo lo de arriba y de abajo, Dios, gobierno, justicia, propiedad, burguesía y hasta socialismo de escuela. Sus palabras produjeron un terrible choque entre las dos corrientes que al parecer dividían á los asistentes; la de los fanáticos, que esperan que ha de surgir de la demolición de la vieja sociedad una sociedad nueva, toda á beneficio de los hoy desheredados, y la de los que proclaman la destrucción y la anarquía como medio definitivo de desfogar sus pasiones aviesas, abriéndoles un período de botín y de orgía. Como el orador representaba la primera tendencia, los violentos ecoreaban sus palabras con rugidos y denuestos, de que sólo pueden ofrecer símil las fieras cuando se les trata de arrebatar la presa. A pesar de su natural aplomo, fortalecido por la costumbre de tener que habérselas con aquel género de auditorio, llegó ya un punto en que no le fué posible seguir adelante. Los denuestos y las blasfemias cubrían los aplausos, y los bandos en que estaba dividido el concurso se enseñaban los puños, con riesgo de que se echaran unos encima de otros. Los apóstrofes salían encendidos de las gargantas apretadas por la ira, y antes de venir á las manos los grupos se abofeteaban con las palabras. A pesar de los gestos y campanillazos del presidente, el tribuno tuvo que sentarse, y ya entonces rompió toda la sala en el mismo grito:—¡Que hable el compañero Espartaco! ¡Que hable! ¡Que hable!

El interpelado, que había permanecido impasible ante aquel tumulto, sin que un solo músculo de su semblante ni un movimiento de su cuerpo revelase sus impresiones, miró al presidente con gesto más bien del que se da venia que del que la pide, y se levantó. El estruendo cesó como por encanto. Visiblemente su persona, que llegaba rodeada de los misteriosos prestigios de lo inexplicable, y desproporcionado á las ordinarias pasiones que agitan al hombre, ejercía dominio sobre el auditorio. Después de medir á éste con una mirada semejante á la del operador que examina al paciente por cuyo cuerpo va á pasear el escalpelo, rompió con voz metálica, de temple algún tanto agudo, en el siguiente razonamiento:

«Compañeros: habéis manifestado propósitos enteramente de acuerdo con los míos, con las ideas por las cuales estoy trabajando desde hace muchos años, echando mano sin escrúpulos, que yo no conozco, de cuantos medios puedan conducir al fin de aniquilar la sociedad, talándola á sangre y fuego. Pero si me asocio á vuestra obra, es á condición de que me aceptéis tal como soy, pues detesto la hipocresía, y la única satisfacción que me propongo sacar ilesa de este combate titánico contra todos los poderes de arriba y de abajo, es la de no tener que disimular ni los móviles, ni los fines que guían mis actos. Por lo que veo, muchos de los que me oyen tienen, acerca de la misión que nos proponemos desempeñar, ideas arcádicas, á las que seguirán aferrados después de oirme; pero que os importe ó no os importe, quiero abriros acerca de ellas los abismos de mi corazón.»

A pesar de lo ocasionado que era este exordio á provocar nuevamente la tempestad, ni un solo grito, ni el más leve rumor interrumpió el silencio del auditorio, que escuchaba con el cuello tendido y los ojos inflamados la singular arenga. Vicente, que aislado en su asiento presenciaba el espectáculo á guisa de espectador desintere-

sado, paseó sus ojos con asombro por el concurso, para sorprender la impresión producida; pero en la expresión agitada de los semblantes dominaba como un sentimiento de temor que helaba las manifestaciones en la garganta. Diríase que las palabras del orador eran como un látigo alzado en el aire, que mantenía los espíritus en la expectación y el miedo.

Con la misma tranquilidad, y sin salir de su tono acorado y frío, continuó diciendo el agitador extranjero:

«Las majaderías de Rousseau, excelentes como arma de demolición y de combate, no se han hecho para hombres, y nosotros lo somos. No voy á entrar en disquisiciones ideológicas, sé que sois gente práctica; pero ni el hombre es bueno, ni la felicidad, lo mismo para el rico que para el pobre, dejará de ser nunca más que una quimera, ni la igualdad otra cosa que ridícula utopía.

»Oidme.

»Yo he nacido en la primera jerarquía social, en posesión de todas las ventajas que excitan hoy vuestros más furiosos apetitos; rango, riqueza, consideración, hasta una salud de hierro, curtida por los rigores del clima y endurecida por los ejercicios del cuerpo. Con deciros que mi abuelo, amigo de Voltaire, educó á mi padre con arreglo á las doctrinas del maestro y mi padre hizo conmigo otro tanto, comprenderéis que no me encadenaba al entrar en la vida ninguna especie de superstición. Dueño de mi espíritu y de mis actos, me lancé en el torbellino de los placeres y pedí la dicha á los goces de los sentidos, pero no tardé en advertir que éstos toman siempre más que lo que dan: la energía de mi espíritu me salvó á tiempo de la ruina del cuerpo. Busqué la felicidad en los certámenes de la vanidad; tampoco la hallé: la vanidad es una pasión estúpida, cuyos triunfos humillan la razón, porque son triunfos alcanzados sobre los tontos incapaces de sentir orgullo. De todo punto desesperado de poder dar con la felicidad, convencido de que ni el rango social ni la inteligencia son medios de poder llegar á ella; que es un fantasma sin realidad; que la misma riqueza representa para este fin dos amargas decepciones, la que padece el que no la tiene por creer que su falta le hace desgraciado y la que experimenta el que, teniéndola, se convence de que es un instrumento negativo y hasta contraproducente para ser dichoso, quise darme otro género de satisfacciones.

»Lastimada mi soberbia de que hubiese en mi misma patria un hombre levantado sobre todos, dueño de mi libertad y de mi vida, me hice nihilista y me lancé á ojos cerrados en las terribles aventuras de la secta. Aquí dí con un filón de emociones que me hicieron comprender que el hombre puede ser, durante su paso por este miserable planeta, algo más que una máquina de sufrir penas, que un juguete del destino, por inexorable ley condenado á la miseria. Fijaos bien esto. Hacer de la vida del autócrata dueño de la de sesenta millones de seres humanos una vida más miserable y desdichada que la del último de los siervos, era ya de por sí una empresa no exenta de grandeza; pero además del hecho se desprendía otra enseñanza fecunda. El mundo está gobernado por dos grandes fuerzas, la que crea y la que destruye. La primera se halla fuera del alcance del hombre: la teología y la ideología la llaman Dios; pero nosotros, gente positiva, nada tenemos que ver con lo invisible. Pero la otra fuerza, la fuerza destructora, reside en el hombre, reside en nosotros, y al ejercerla ejercemos un atributo serio, nos hacemos parte activa de uno de los dos grandes beligerantes que se disputan la tierra.

»En el dogma cristiano la potencia destructora está simbolizada en Satanás, el ángel rebelde, y nosotros, que vamos á la destrucción por la anarquía, nos ponemos fuera del miserable nivel humano, somos como ángeles caídos, poco importa, pero por lo mismo mucho más que hombres. De nosotros á Satanás no hay jerarquía intermedia; somos agentes activos de la misma obra.»

La actitud, la voz, el gesto del boyardo, al llegar á esta parte de su extraño discurso, guardaban terrible y misteriosa armonía con sus palabras. La cabeza echada hacia atrás en señal de reto, el entrecejo fruncido como abrumado por el peso de la maldición celeste, los ojos dilatados y la pupila fija é iluminada de rayos sombríos, las dos cavidades de la nariz ensanchadas como la del animal carnívoros que olfatea la sangre, daban á su figura la semejanza de Luzbel, vencido y derribado, pero siempre rebelde. El auditorio, subyugado, seguía pendiente de sus labios, la mayor parte sofocando á duras penas los rugidos de satisfacción que pugnaban por salir de la garganta, el resto sin poder sacudir el temeroso dominio que ejercía su persona y el poder secreto ó implacable del cual era quizá uno de los supremos árbitros.

«Compañeros, concluyó diciendo el aristócrata demagogo, nada de subterfugios. He visto que algunos de vosotros, á quienes su papel les viene muy ancho, profesan la destrucción, el incendio y la matanza, como medio de llegar á un estado social que no ha de salir nunca de la región de los sueños. Yo los profeso como medio y fin. Odiar el actual organismo, que no podrá ser reemplazado con otro mejor, es quedarse á medio camino. Es preciso ir más allá; es preciso odiar todo el organismo de la creación, y persuadirnos de que no hemos de hallar otro empleo más digno de nuestras facultades que el de combatirle á fuego y sangre hasta que caigamos en el seno de la nada. Si, como yo, os sentís humillados de ser hombres, seguid mi ejemplo, y ya que no podemos ser como dioses, seamos una prolongación de Satanás. El terror que infundamos será nuestra recompensa, que haré más digno del hombre es ser temido que no ser despreciado.»

El orador sacudió la cabeza como Júpiter después de despedir el rayo y se sentó. Un rumor tremendo y prolongado, en el que los aplausos y los rugidos se confundían, estremeció el vasto local. Aquellas figuras, en su mayoría siniestras, se animaron, y agitando los puños en el aire en actitud de amenaza, parecía como que buscaban presa que desgarrar y botín que repartir. Un clamor formidable de *¡Muerte á los burgueses!* mezclado con otros gritos, blasfemias y palabras groseras que estallaban en la atmósfera densa, impregnada de vapores de tabaco, de cerveza y de pasiones salvajes, como la pólvora al contacto del fuego, sofocaron en los primeros momentos toda contradicción. Sin embargo, eran evidentes en una parte del concurso las señales de descontento: había muchas cejas fruncidas, muchos ojos que miraban airados á un lado y á otro, como buscando auxilio y número para atreverse á protestar. En esto, y aprovechando un instante de descanso en aquel bramido de olas irritadas, un hombre se levantó en uno de los bancos extremos de la sala y pidió con voz enérgica, que se oyó en toda la sala, la palabra.

Era Vicente.

Los generosos sentimientos del joven artesano se habían sublevado ante la brutalidad del programa desarrollado por el sombrío personaje que acababa de hablar. Su nativo buen sentido midió todo lo humillante que era para el pueblo trabajador que se quisiese hacerle instrumento de las locuras de la soberbia de próceres corrom-

pidos y escépticos. Era de temperamento batallador, y sin medir las consecuencias de lo que iba á hacer y sin saber lo que iba á decir, pidió la palabra con el corazón palpitante, incapaz de refrenar el impulso avasallador que le arrastraba.

La audacia del acto sofocó por breves instantes el estruendo, y todos los ojos se fijaron con curiosidad en el atrevido joven, que así arrojaba su persona en medio de aquel volcán en plena erupción. Vicente, sin conciencia de lo que hacía, y como respondiendo á pensamientos é impresiones anteriores, comenzó á decir:

«Compañeros: lo que acabáis de oír, más que el discurso de un hombre que se interesa por nuestra suerte, es un caso de hidrofobia...»

Ante la enormidad de estas palabras, la tempestad estalló con mayor furia, produciendo dos movimientos diversos en el concurso. Los grupos que estaban más cerca de la presidencia formaron inmediatamente una barrera de protección delante del nihilista, que desapareció por la pequeña puerta por donde había penetrado en la sala. Otra gran parte de los circunstantes se arrojó frenética sobre Vicente, aullando:—*¡Muera el espía! ¡Fuera el polizonte!* El joven procuró hacer frente á la avalancha de puños cerrados que se le venía encima, poniendo gallardamente en movimiento los suyos; pero el círculo de rostros feroces, rechinando los dientes, de resuellos ardientes y vinosos que más parecían rugidos, le fué estrechando hasta apretarle, como si estuviera dentro de un estuche de hierro. El menudeo de los golpes sobre su cabeza acabó, en fin, por hacerle perder el conocimiento, y ya no sintió más que algo así parecido á lo que debe sentir el que bajo la acción de una pesadilla cree hallarse enteramente á merced y entre las garras de una legión infernal.

Cuando volvió al sentimiento de la vida, se encontró sentado en un banco de piedra con la espalda y la cabeza apoyadas en el tronco de un árbol. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que le habían dejado allí? No podía saberlo. Reconoció el sitio, que era una de esas anchas calles con avenidas de árboles que abundan en las grandes ciudades, y no muy lejos de la cervicería, teatro de la terrible aventura. La soledad profunda que le rodeaba era indicio cierto de estar ya muy avanzada la noche, quizá muy cerca de la madrugada. Su casa no estaba lejos. Probó á levantarse, zumbábanle los oídos y no tenía firme la cabeza; su cuerpo, magullado por los golpes, era un puro dolor; pero echando mano de toda la firmeza de su ánimo y parándose con frecuencia para tomar fuerzas, pudo llegar, más arrastrándose que andando, á su domicilio, donde se dejó caer en la cama para pasar algunas horas de fiebre y algunos días de dolencia, cuya tristeza embelleció el suave recuerdo de Fineta, que había venido nuevamente á enseñorearse de su pensamiento.

III

A la caída de la tarde del sexto día transcurrido después de estos sucesos, hallábanse Antonia y su sobrina tristemente ocupadas en sus labores, y decimos tristemente, porque movían la aguja sin mover la lengua, caso poco frecuente entre las hijas de Eva, y porque las mejillas bastante caídas de color de Fineta, revelaban muchas lágrimas furtivamente vertidas; cuando entró inesperadamente en la habitación Vicente, todavía con huellas de sus cinco días de cama.

Fineta se inmutó y Antonia clavó sus ojos en el joven con sorpresa no exenta de esperanza. Éste, como si obrara impulsado por un resorte, exclamó:



SUCESOS DE EGIPTO.—EL KEDIVE ACLAMADO POR EL PUEBLO, EN EL CAIRO

—Vengo á decirte que creo en el diablo, que creo en el infierno, y creo, porque los he visto.

Y aquí refirió con el movimiento de frases y de afectos propio del que está todavía bajo la impresión de una escena que ha removido todo su ser, la que acabamos de referir.

—El hombre no inventa nada, dijo Vicente como para resumir sus impresiones, y el poder sombrío y terrible que se presentó á mi vista hace cinco días no puede ser más que un reflejo del que yo antes consideré neciamente como una fábula. La imitación supone forzosamente el modelo. Aquí me tienes dispuesto á dejarme siempre guiar por tu amor.

Las dos mujeres oyeron al joven casi sin respirar, y apenas hubo acabado, Fineta le tendió una mano diciéndole, al paso que sus mejillas se matizaban de hermoso carmín:

—Y yo Vicente, estoy desde ahora dispuesta á ser la compañera de tu vida, y espero, con la ayuda de Dios, acabar de convencerte de que el amor es el que ilumina la existencia, que hacen insoportable el odio, la soberbia y la envidia.

C. SUÁREZ BRAVO.

Un diputado modelo

DE un diputado sé yo,
de gran peso,
que una tarde en el Congreso
pidió la palabra *en pro*;
y con risueño semblante,
sin cejar,
en *contra* se puso á hablar:
no le pareció bastante,
y se *abstuvo de votar*.

J. FEDERICO MUNTADAS.

Los pigmeos de la grande selva africana

ESTUDIO PUBLICADO

EN LA REVISTA NORTE-AMERICANA «SCRIBNER'S MAGAZINE,»

EN EL MES DE ENERO DE 1891

(CONCLUSIÓN)



VENÍA con nosotros un muchacho pigmeo, de unos diez y ocho años de edad, también bastante original. Lo cautivamos mientras su tribu estaba llevándose una caja de municiones Remington que había encontrado en la espesura, en donde la había dejado á escondidas de la retaguardia un holgazán de sudanés á quien se había impuesto un castigo disciplinario. Un oficial irlandés decía de ese chico, que estaba gordo como la manteca, y en efecto, su rostro rollizo y rubicundo evocaba este recuerdo y el de las morcillas y los salchichones. Aunque no padecía ningún mal, era singularmente taciturno. Cuando le dirigían la palabra, mostrábase tan reservado que había que repetirle las cosas media docena de veces para que se resolviese á despegar los labios. Entretanto contentábase con pasear el índice por el muslo como trazando rúbricas, dejando caer la cabeza sobre el hombro con aire meditabundo. Fué á parar en manos de un amo que

le trataba con sumo cariño. No sólo no probó nunca de desertar, sino que seguía de muy buen grado á la caravana. Ni durante la marcha, ni en el campamento, ni en el trabajo, ni holgando se le vió nunca conversar con sus compañeros. Andaba ligero como un gamo, no obstante la carga más que regular cuyo transporte se le había confiado, marchando siempre con la vanguardia y en primera fila. No bien llegaba ésta al sitio designado para acampar, echaba una mirada á su alrededor para escoger el sitio donde á su amo le convenía hacerlo, apilaba allí los efectos de éste y corría á buscar leña para encender lumbre. Una vez en la tierra llana, donde escaseaba sobremedera el combustible, un grandullón sudanés le quitó un haz de ramas que había logrado reunir con inaudito trabajo. El pobre pigmeo le dirigió una mirada de reproche, y sin decir palabra volvió á emprender su tarea. Robá-



Pigmeo prisionero

ronle por segunda vez, y el pobre enano se echó á llorar, pero sin proferir una queja, sin pronunciar una palabra.

Basta fijarse en los pocos ejemplos que acabo de citar para comprender la buena opinión que tengo de los pigmeos y la simpatía que les profeso. Lo que me maravilla es que esos hijos de la selva, estando en guerra perenne con los colonos, y haciendo la vida de los animales de presa, puedan adaptarse tan fácilmente á las exigencias de una disciplina tan severa como la que reina en los campamentos.

No hay duda que distan mucho de manifestar el mismo grado de inteligencia que la mayoría de los indígenas en el arte de vivir cómodamente y en el modo de proporcionar víveres á sus familias. Tampoco fabrican vestidos de corcho, ni saben cuáles son los árboles que producen materias tintóreas; ni cómo se hacen los jarros y los pucheros de arcilla, ni las agujas de hierro ó de hueso; ni de qué manera debe fundirse la hematita para convertirla en hierro; ni qué procedimiento ha de emplearse para forjar las flechas, é ignoran el arte de fabricar redes de fibra vegetal. No abren claros en la selva, no plantan ni siembran cosa alguna, y sus viviendas, aunque muy aseadas, no son comparables por cierto á las que forman

las aldeas industriosamente edificadas de las grandes tribus agricultoras.

Pero, en cambio, esos nómadas nos han demostrado que son capaces de sentimientos humanitarios, que saben ser excelentes amigos, tienen un genio tratable y un entendimiento susceptible de cultura. Por otra parte, son valerosos y saben mostrarlo en la defensa de sus familias; saben escoger á maravilla las calvas de la selva y encontrar en cualquiera dirección el camino que les conviene en el dédalo inmenso de la espesura; los horrores de ésta no sobrecogen su esforzado espíritu; luchan ventajosamente con el elefante y el leopardo, ostentando una astucia superior á la del chimpancé, y en este punto no pueden competir con ellos ni el receloso lemur ni el maligno loro. Lo mismo cazan los pájaros más diminutos que los cuadrúpedos más corpulentos. Conocen al dedillo las propiedades de muchísimas plantas, y saben muy bien cuáles son los frutos silvestres que pueden comerse sin peligro. Obligan á las tribus más populosas á pagarles tributo, y las más fuertes comunidades de colonos se tienen por muy dichosas si logran evitar sus hostilidades.

Muchas veces he oído hablar de europeos que fueron víctimas de la ferocidad de los búfalos ó de los elefantes. Gamble Keys fué despedazado por un búfalo en Lukolela, el capitán Deane fué maltratado por un elefante que le dejó poco menos que exánime, y el honorable Guy Dawnay pereció sacrificado por un búfalo. Casi en todas nuestras expediciones hemos perdido uno ó dos zanzibarras, que luego nos hicieron buena falta, á pesar de ir armados de excelentes carabinas, de esas que se cargan por la culata. No deja de ser muy curioso, por consiguiente, que esos muñecos, en apariencia más débiles que nosotros, ataquen á tan formidables animales con la misma bravura y con mucha mayor astucia que otros, y destruyendo sin arrostrar ningún peligro, ni dar muestras de la inquietud y el azoramiento que en tales casos perturban el ánimo de los hombres más talludos y corpulentos. Gracias á su extraordinaria destreza en el empleo de todos los ardides de la caza, libranse de morir de inanición en las perpetuas é inhospitalarias sombras de la selva, y proporciónanse los utensilios indispensables para la vida doméstica del salvaje.

Sus aldeas, situadas bajo el frondoso follaje de la arboleda, nos parecieron siempre cómodas, abrigadas y notables por su aseo. En una de ellas ví hasta 92 chozas dispuestas en forma circular y abarcando un diámetro de unas 50 yardas. Los pigmeos suelen establecer sus campamentos en las encrucijadas de los caminos, y á la distancia de dos á tres millas de las plantaciones. Su encuentro era para nosotros un feliz agüero, pues nos anunciaba la proximidad de los caminos frecuentados y de los parajes donde podíamos proveernos de vituallas.

Á veces se hallan edificadas estas aldeas entre dos líneas paralelas de estaciones agrícolas. Bastábanos entonces internarnos un corto espacio en la selva, para encontrar fértiles plantaciones capaces de mantener con sus productos á todo un regimiento. Un día llegamos á un grupo de aldeas de enanos del cual partía un camino de seis pies de ancho, que las ponía en comunicación con otro rústico villorrio situado á tres millas de distancia. Aquel camino fué para nosotros una revelación. En efecto: nos probaba que la tribu era excepcionalmente poderosa; que estaba bien instalada en aquel territorio; que su jefe disponía de importantes elementos, y no le faltaban medios para utilizarlos. Fuera del gran reino de

Uganda, no habíamos visto en África un camino practicado en una extensión mayor de media milla.

Sus chozas tienen siempre la forma de una tortuga. Las puertas de entrada no tenían más de tres pies de altas. Casi sería más propio decir: la puerta de entrada y la de salida, pues la una de ellas daba al bosque y la trasera bien puede calificarse de puerta de escape. En el centro del círculo, formado por las chozas, había siempre la del jefe de la tribu, cual si los habitantes de ellas se considerasen obligados á servirle de parapeto. Hemos visto muy pocas que tuviesen más de 4 pies y seis pulgadas de altura. Su longitud era de 7 á 10 pies y su anchura de cuatro y media á siete. En los campamentos que parecían datar de más larga fecha, encontramos algunos lechos toscamente contruidos, que sólo levantaban algunas pulgadas del suelo, y cuya disposición era semejante á la de los que nosotros nos improvisábamos en la selva. Bastaban algunas hojas de frinium para tener una cama mullida y agradable.

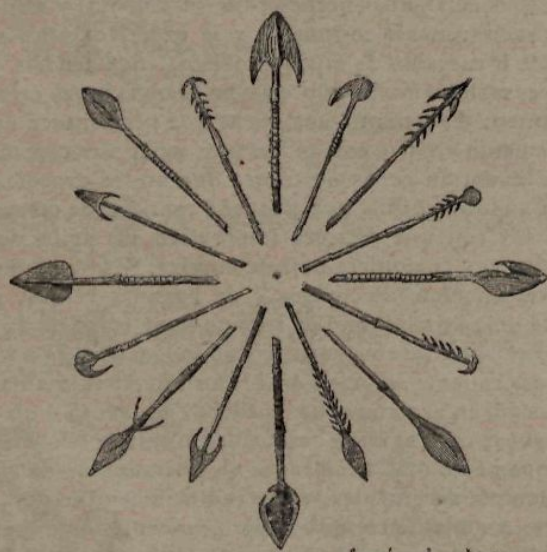
Aunque todas las familias se ven en la necesidad de proveer al diario sustento, nuestros exploradores encontraron siempre sus aldeas muy bien guardadas. Guerreros, mujeres, casi todos los habitantes, á excepción de los niños, salían á inspeccionar los lazos, las redes, las fosas y demás artificios con que habían puesto asechanzas á los animales selváticos, y en busca de bayas, frutos, hongos y bichos de los que ellos consideraban comestibles, ó á hacer una razzia en alguna plantación de bananos de los alrededores. Así los cazadores como los merodeadores solían llevar consigo algunas flechas para su defensa, y algunas cestas vacías; mas la costumbre y la experiencia les eximían de ir cargados de muchos objetos, que tendría por indispensables otro pueblo que no fuera esa raza errante y vigorosa. Entretanto, los pocos que permanecen en el campamento vigilan con ojo avizor todas sus cercanías. Por si les entran ganas de fumar durante la expedición, llevan en un saquito una pequeña cantidad de tabaco, y es de ver con qué destreza improvisan sus ágiles dedos una pipa con cualquiera hoja de la selva. Si una mujer ha de cocer un plato de hongos ó de bananos verdes, una grande hoja de frinium ó de banano hace las veces de cazuela; el agua se encuentra en abundancia en la selva y la ceniza caliente asa muy bien esos silvestres manjares. Si se cogió en la trampa un antílope, un reptil ó un pájaro, puede cocerse en el bosque del mismo modo que en el campamento ó en la aldea. Si algún individuo de la expedición pierde una pieza de su rudimentario vestido, un puñado de hojas la reemplaza perfectamente, cubriéndole por delante y por detrás con un velo fresco, limpio y fácilmente improvisado.

Entretanto los guerreros más ancianos que quedaron en casa no están ociosos. Dedicánse á clavar á lo largo de los caminos que conducen al campamento las puntas envenenadas é insidiosamente disimuladas por la hojarasca que defienden el acceso al recinto habitado y hasta una distancia de 50 yardas del camino principal, trazan pequeños senderos paralelos, apostando en ellos centinelas que vigilan los alrededores dando en caso de necesidad la voz de alarma. No he oído en mi vida un grito más estentóreo, más siniestro y poco parecido á la voz humana. Parece á primera vista que la pobreza debería poner á los pigmeos á cubierto de todo ataque; pero como son tan molestos y mal intencionados tienen muchos enemigos, y los agricultores aprovecharían con regocijo cualquiera ocasión que se les ofreciese para vengar las injurias y los atropellos que les infirieron.

He oído á muchos individuos de otras tribus quejarse

muy enojados de los pigmeos, casi en los mismos términos que los boers de las fronteras al hablar de los indígenas del Cabo, y los colonos del Oeste de los Estados Unidos tratando de los indios bravos. Los que abren claros en la selva, dedicándose á hacer plantaciones de bananos y á plantar campos de cereales y de tabaco, detestan á los pigmeos, considerándolos como una plaga que debiera exterminarse á todo trance. Su vecindad no es ciertamente muy apetecible, que digamos. Obligados á sostener su nómada existencia con el producto de la caza, las bananas, el maíz, las habas, los melones, el tabaco, las cabras y los pollos tientan su apetito, y como tienen la astucia del raposo, y en esta parte carecen de sentido moral, saquean sin escrúpulo á sus opulentos vecinos sin que valga con ellos más freno que el de la fuerza, y aun ésta es un expediente pasajero, pues en cuanto se presenta ocasión, vuelven á las andadas. Resulta de esto que son mortalmente aborrecidos, y sólo se les tolera como unos parásitos de los cuales no pueden deshacerse los demás habitantes de la selva.

Por fortuna la naturaleza es tan pródiga en aquellas regiones, que en los años de regular cosecha la vecindad de los pigmeos no es una gran calamidad; pero en otro caso el choque es inevitable. Y cuenta que esa gentecilla dista mucho de ser un enemigo despreciable. Un pigmeo desarmado no puede medirse con uno de esos agricultores, por regla general muy robustos y corpulentos; pero como lleve en la mano un puñado de flechas, no le



Flechas de los pigmeos africanos

mete miedo ni el más fornido gigante de las plantaciones. Cuando tiene la desgracia de caer prisionero, es objeto de ludibrio por parte de los gallardos sudaneses y de los vigorosos zanzibaritas, que toman á chacota sus diminutas armas, su angosto pecho, su colgante abdomen y sus cortas y delgadas piernas; pero en la umbría arboleda, armado de sus flechas, de su bravura ingénita y de su proverbial astucia, su encuentro no tiene nada de agradable. Muchas veces me he encolerizado por la negligencia de los míos, que necesitaron muchos meses para persuadirse de que la superioridad de su armamento no les garantizaba la vida, si no procuraban competir con aquellos hombrecillos en vigilancia y astucia.

Un gastador, muy valeroso por cierto, internóse un día en la espesura armado de una excelente carabina de repetición y bien provisto de cartuchos para castigar una

acometida, y á los cinco minutos volvió con una flecha colgada entre la quinta y la sexta costilla; otro que había ido por agua al arroyo, también perfectamente armado, regresó al poco rato sin cántaro ni carabina y con una flecha barbada en las entrañas; una mujer ocupada en coger hierbas para la sopa á un extremo de la aldea, tuvo que huir del campo con siete flechas en el cuerpo; un soldado sudanés muy disciplinado, recogiendo leña á corta distancia de un campamento, en donde había 400 carabinas para defenderle, se nos presentó al cabo de unos momentos llevando clavadas seis flechas. A este tenor podría citar cincuenta casos producidos por la imprevisión y la ligereza incurables de mi gente. El pigmeo no viaja nunca descuidado como los imprevisores individuos de nuestra caravana. Con el arco en la diestra, una docena de mortíferas flechas en la otra mano, ojo avizor, oído atento, paso precavido y vigilante el entendimiento, hacía un perfecto contraste con la mayoría de los nuestros, que atravesaban la espesura con ánimo negligente y perezoso, sin ver ni oír lo que en torno de ellos pasaba, como no fuese ante sus ojos. Avanzaban en aquella peligrosa soledad como una turba de sonámbulos. Vigilándoles en las cercanías del campamento dos veces quité la carabina á los centinelas antes que advirtiesen que alguien se les aproximaba. Al llegar á la vista de una aldea ó de un campo enemigo, portábanse muy bien; pero hubo de transcurrir mucho tiempo antes que mi voz y las lecciones de la experiencia lograsen amaestrarles lo bastante para apreciar y precaver las contingencias de una guerra con los salvajes.

Por más que parezca exagerado, debo decir que, al cabo de algunos meses de experiencia, la aproximación de un cuerpo de pigmeos se adivinaba por el olfato como el hediondo rastro del cerdo verraco. Despiden un olor acre y penetrante tan diferente del de los negros, como lo es el de éstos del que exhala por regla general la transpiración de los blancos.

¡Quién fuera capaz de explicarnos cuántas edades han transcurrido desde que esos enanos empezaron á fijar su residencia en la vasta selva del África ecuatorial! Lo único que nos consta, es que ya estaban allí antes que Herodoto visitase la tierra de Egipto y Homero recitase sus maravillosos poemas. Yo conjeturo que fué allá por los años 1500 antes de J. C. cuando Ramsés conquistó la Nubia Superior, esto es, há unos treinta y cinco siglos. Otros tantos hubieran podido permanecer ignorados en aquella lóbrega región si no se hubiesen inventado la imprenta y los ferrocarriles. Sin éstos su retiro habría sido inexpugnable, sin el auxilio de aquélla que ha inspirado y alentado á los hombres capaces de construirlos, la empresa hubiese sido, no sólo harto costosa, sino de todo punto impracticable. El ferrocarril trazado para unir el Congo Inferior al Superior y la creciente flotilla de este nuevo Estado, facilitarán á la emprendedora raza blanca, á las expediciones armadas, á los colectores de cachú, á los tratantes en madera y en goma, á los agentes de policía y á los misioneros el acceso á esa región hasta hoy tan poco conocida y tan desprovista de medios de comunicación, que se halla como separada del resto del mundo. Por más que les repugne á los pigmeos la luz del sol, algunos sobrevivirán á un cambio tan grande, y abrigo el firme convencimiento de que al escribirse la historia de las futuras exploraciones, se les declarará iguales al resto de la humanidad y tan susceptibles de tiernos y generosos sentimientos como la más noble y perfecta de las razas.

ENRIQUE M. STANLEY.

NUESTROS GRABADOS

La Feria del Mundo

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE CHICAGO EN 1893

Los norteamericanos quieren siempre hacer las cosas en grande. El tamaño es una cualidad que se apodera de la imaginación del yankee más que otra alguna, y por ello se propusieron conseguir que la Exposición Universal de Chicago superase a las más grandes que se han organizado en el viejo mundo. El área de su Exposición, que ha de abrirse en este año, comprenderá 1,035 acres ó dígase un perímetro dos veces mayor que el de la última Exposición de París. El mismo camino seguirá su presupuesto, así en los gastos como en los ingresos. De cuatro á cinco millones de libras esterlinas se invertirán por la Junta Directiva de la Exposición, y algunos millones más añadirán á dicha suma los gobiernos federales y del Estado, los gobiernos extranjeros, las sociedades y particulares y los contratistas de los varios locales de espectáculos que habrá dentro de aquel inmenso perímetro.

Acertada ha sido la elección de Chicago como centro de esta gigantesca demostración de la civilización y del progreso con motivo del Cuarto Centenario del descubrimiento de América y para celebrar en la América Septentrional este famoso acontecimiento. Situada en un espacio llano, en medio de una hermosa y fértil comarca, es una de las ciudades más bonitas del mundo y en importancia mercantil la segunda después de Nueva York. Hubo viva y amarga rivalidad entre Filadelfia y Chicago, que se disputaban la honra de llevar á cabo esta feria colosal, pero se juzgó que la segunda reunía mejores condiciones y por ello alcanzó el voto favorable del Congreso. Según el acuerdo de éste, confióse la Exposición á una junta de representantes de todos los Estados y á otra compuesta de cuarenta y cinco ilustres vecinos de Chicago. Estas juntas debían reunir un fondo de dos millones de libras esterlinas, elegir el sitio y formular los planos de las construcciones. El fondo de garantía se suscribió pronto por los mismos habitantes de Chicago, y en *Jackson Park* halló la Junta el sitio que podía soñar para sus propósitos. *Jackson Park* encuéntrase á lo largo del lago Michigan, el cual tiene unas veintiséis mil millas cuadradas, de manera que de todos los puntos de la Exposición se descubrirá esta vasta superficie de agua llena de edificios y objetos de todos tamaños y formas. Otra excelente condición del terreno, debida á la contigüidad del lago, es que tenga islas, estanques y lagunas, diseminadas por el parque y separando de un modo por todo extremo pintoresco los diferentes edificios. Hace algunos meses *Jackson Park* se hallaba en su estado primitivo; mas apenas fué aceptada la idea un ejército de hombres, caballos y carros lo volvió todo de arriba abajo y el área por completo quedó cambiada y nivelada. Unos doscientos mil pies cúbicos de tierra hubieron de ser removidos para quitar montículos que obstruían la vista, arrancáronse árboles en número considerable, pues sólo se salvó un pequeño trozo de bosque, y en el lado septentrional se abrió, valiéndose de máquinas de vapor, un canal que va del lago á una de las lagunas y que constituirá una de las mayores curiosidades de la Exposición. Al sur y al oeste del lago se ha levantado una gran terraza, de catorce pies ingleses de altura, sobre la que se ha construido el edificio para la Administración, que será uno de los más vistosos de *Jackson Park*. No era cosa de dejar los espacios que quedaban entre los edificios desnudos de vegetación, por lo que arquitectos, paisajistas y jardineros se ocuparon acto seguido en improvisar jardines, paseos y parques para convertir aquel lugar en un sitio deleitoso.

El área ocupada por las distintas construcciones será vez y media la que tuvo la Exposición de París de 1889. De su disposición general podrán formar concepto nuestros lectores por el dibujo á vista de pájaro que damos en este número, junto con otras vistas sacadas de la misma Exposición y que permitirán formar cabal concepto de ella. El pabellón de la Electricidad figurará entre los más importantes é interesantes departamentos. La luz eléctrica iluminará, como es de suponer, todo el perímetro de la feria de Chicago, *The World Fair*, la feria del mundo, como la llaman los americanos. No faltará tampoco un ferrocarril eléctrico suspendido y otras novedades debidas á la ciencia de los electricistas. El pabellón de la Electricidad es también lindísimo, y como varios otros edificios del certamen de Chicago, ha sido proyectado siguiendo el estilo del Renacimiento italiano, porque en materia de Arte el Nuevo Mundo ha de ser siempre tributario del Mundo Viejo. Tendrá una elevación de sesenta pies y estará hecho de un material que por el color semejará granito, siendo la parte ornamental adecuada al estilo. La estatua de Franklin presidirá á la entrada del edificio.

Muy diverso será el pabellón de la Agricultura, proporcionado en sus dimensiones á la importancia y significación de esta industria, y exceptuando el edificio para la Administración, habrá de ser colocado entre los más hermosos de *Jackson Park*. La fachada es de estilo clásico, neorromano. Lo rodearán los cuatro pabellones, uno por lado, enlazados con la gran rotonda central, que rivalizará en dimensiones y decorado con las más espléndidas que se hayan levantado en el mundo.

El edificio para la Administración, conforme lo hemos indicado, será la perla de la Exposición. Aunque construido con materiales que han de durar sólo dos años, costarán 650,000 dollars, y al decir de la prensa americana, habrá de ponerse entre las más bonitas obras de la arqui-

tectura moderna. Por su posición dominará todo el terreno y consistirá en cuatro pabellones. El primer cuerpo es de orden dórico, de proporciones algo pesadas; el segundo, con una alta columnata, es de estilo jónico. Exteriormente aparece dividido en tres pisos. La cúpula con que remata es de graciosas líneas y se ornamentará con frisos y bajo relieves, iluminándola una colosal claraboya. El interior se decorará con talla, pintura y escultura.

(Concluirá).

Sucesos de Egipto

Los sucesos que recientemente han ocurrido en el Cairo prestan interés á la figura del joven soberano del Egipto. Sucedió Abbas Bajá á su padre Tewfik Bajá, por muerte de éste, porque en aquel país el trono se transmite á los hijos, no guardándose como en Turquía el orden de sucesión en los hermanos del Sultán. Diez y siete años de edad contaba enton-



ABBAS I, KEDIVE DEL EGIPTO

(De una fotografía, por Van Bosch, de París)

ces y acababa de salir de los colegios de Europa en los que había completado su educación é instrucción. Como saben nuestros lectores, por un cambio de ministros reveló claramente Abbas I sus sentimientos hostiles á los ingleses, que desde algunos años tienen ocupado el Egipto. El joven Kedive hubo de ceder ante el *ultimátum* de lord Cromer, representante de Inglaterra; mas se cree con fundamento que no modificó en nada sus ideas y que alienta en su pecho la hostilidad contra la Gran Bretaña, cosa por otro lado muy natural y en la que le acompaña su pueblo. Por el odio que todo país tiene al invasor y por la enemiga que los pueblos mahometanos sienten siempre contra los cristianos, y más cuando son dominadores suyos, la población de Egipto, en su inmensísima mayoría, vería con regocijo que los ingleses fuesen expulsados del territorio del Nilo. De este sentimiento es hoy la representación el joven Kedive, cuyo retrato publicamos.

EL KEDIVE ACLAMADO POR EL PUEBLO, EN EL CAIRO

En los días en que ocurrieron los acontecimientos que hemos mencionado en los párrafos anteriores, Abbas I Bajá, contra la costumbre de los monarcas orientales que se dejan ver poco por las calles, fué en carruaje descubierto á la ciudadela del Cairo y á una de sus principales mezquitas. Esto sirvió de motivo á su pueblo para que le aclamase con entusiasmo, manifestándole por este medio que participaba de sus deseos de ver libre el Egipto de la ocupación inglesa. La lámina que va en este número reproduce una de esas escenas. El Kedive, al pasar en coche por uno de los más hermosos paseos del Cairo, es vitoreado ardientemente por los habitantes de aquella populosa ciudad. El cuadro está directamente tomado del natural y reproducido con la fidelidad que ponen los dibujantes ingleses en sus trabajos, puesto que un artista inglés es el autor de dicho grabado.



Mesa revuelta

M. Layard ha publicado un trabajo sobre el lenguaje silbado que se usa en las islas Canarias.

El lenguaje silbado, dice este explorador, ha debido usarse en todos tiempos y por todos los pueblos. En efecto, desde que se ha sentido la necesidad de comunicarse á distancia al través de un país cortado por grandes torrenteras, el silbido ha servido de lenguaje. Herodoto, citado recientemente por el doctor Hanny, refiere que los habitantes trogloditas de Túnez «hablaban silbando.» Sin ir tan lejos, nadie ignora que á menudo se comunican de este modo nuestros pastores, y que los cazadores furtivos se avisan por medio del silbido.

La causa de que subsista el lenguaje silbado entre los pueblos civilizados es la necesidad de hablarse á regulares distancias sin que entiendan la señal los que no están en el secreto. Los contrabandistas y los salteadores expresan por este modo cierto número de pensamientos que pueden traducirse por señales de alarma, de aviso, etc.; pero esto no es más que un lenguaje silbado *convencional*, con el que se dan á entender según la intensidad, la duración y el número de los silbidos. Cosa muy distinta es el lenguaje silbado de la isla de Gomera en las Canarias, porque se trata ya de un lenguaje articulado. El primero que lo dió á conocer en la época de las conquistas fué Juan de Béthen-court; en nuestros días gran número de exploradores han dado cuenta de ello, distinguiéndose particularmente J. Brown, Ch. Edwards, el doctor Verneau y el alemán Quedenfeld. Este último ha buscado entonaciones musicales y las ha puesto en música.

Para saber lo que es el lenguaje silbado, sería indispensable ante todo aprenderlo, y esto no lo ha hecho hasta el presente ningún explorador. Sin embargo, M. Layard ha tenido la paciencia de pasar varios meses en aquella isla, aprender en primer lugar el español para que le entendieran los indígenas y tomar luego de éstos lecciones del lenguaje silbado. Desde luego ha descubierto un hecho sencillísimo, pero hasta hoy completamente ignorado, á saber que aquel lenguaje es el «español silbado.» Según el parecer de M. Layard es el único ejemplo que se conoce de idioma silbado. Para obtenerlo hacen como nuestros chiquillos, se meten los dedos en la boca de diversos modos ó bien doblan tan sólo la lengua en forma acanalada.

Conviene observar, en primer lugar, que para una misma palabra recorren de distinta manera la escala de notas según la persona que silba. Esta sola afirmación hace tener por erróneas las investigaciones del alemán Quedenfeld. Se nota también que los sonidos se prolongan con relación á las palabras largas ó cortas que se pronuncian. Además, se distinguen las articulaciones que corresponden exactamente á las sílabas habladas, pero se halla siempre en el número de éstas una de más. La explicación de esta diferencia, hecha á propósito para engañar al observador, es muy sencilla. El primer silbido es una señal de aviso, como si se hiciera preceder el nombre propio del individuo de la interjección ¡eh! Así, por ejemplo, en vez de decir: «Domingo» el canario silba: «Eh, Domingo.» Resuelta esta dificultad llegó rápida-

mente á aprender el idioma y hasta á silbarlo bastante bien para hacerse entender de sus interlocutores. Parece que los indígenas tienen conversaciones sobre los más distintos objetos valiéndose sólo de este lenguaje.

Cierto filósofo pobre, gentilico, por enseñar á pedir limosna á un hijo que tenía, algunos días llevábalo á las estatuas de piedra, y hacía que les pidiese con el bonete en la mano, y al cabo de rato como no le respondiesen volvía las espaldas. Visto esto por un ciudadano, preguntóle que por qué hacía aquello. Respondió: — «Porque aprendo á tener paciencia, la cual ha de ser naturalmente de los pobres.»

Para hacer renacer las cejas es necesario pasar por ellas mañana y noche en la dirección del pelo un cepillito suave embebido en la siguiente mixtura:

Petróleo vaselina líquida.	40 gramos
Nitrato de pilocarpina.	10 centigramos
Esencia de winter-green.	30 gotas

Hay quien aconseja con el mismo objeto lavarlas mañana y tarde con el agua cuádruple de Raspail y dejar que se seque evaporándose naturalmente.

El hollín de la chimenea tiene muchas virtudes. Mezclado con vinagre fuerte cura los sabañones; desleído en aceite hirviendo y aplicado al oído aplaca en el acto los dolores más acerbos. Asimismo puede usarse el hollín como polvo dentífrico mezclado con un poco de agua y alcohol: podemos asegurar que éste es el mejor dentífrico conocido.

Las mujeres nunca son más fuertes que cuando se arman de su debilidad.—***

Los oprimidos reclaman siempre la libertad de imprenta; los opresores la censura.—GEORGEL.

Casi no tenemos por sensatos sino á los que piensan como nosotros.—LA ROCHEFOUCAULD.

El jefe del Estado no debe ser jefe de partido.—NAPOLEÓN.

El que no tiene carácter no es un hombre; es una cosa.—CHAMFORT.



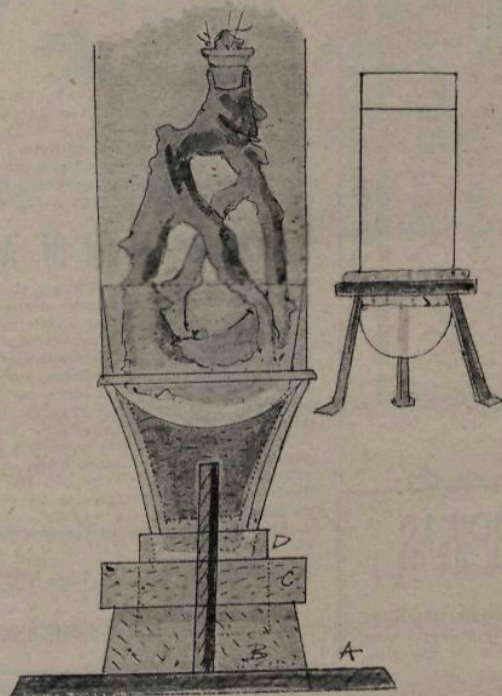
RECREOS INSTRUCTIVOS

UN MICRO-COSMOS

Supongo que el lector habrá hecho con mi neo-cosmos lo mismo que aquel avaro que daba propinas *mentalmente*: porque hay ciertas pequeñas construcciones que requieren bastante dosis de perseverancia, y esto es mucho pedir tratándose de las horas que siguen al abrumador trabajo cotidiano: y digo abrumador refiriéndome al de este fin de siglo. Por si existe algún héroe anónimo á quien no le arredren ciertas dificultades, voy á proponerle la construc-

ción de un jarrón de gran tamaño, de forma bastante artística y decididamente original.

Constrúyase con piezas de madera fuerte un zócalo tal



como está indicado en la plantilla; sujétese dentro del último alvéolo, con cemento, un tiesto de paredes recias y regulares; este tiesto se reviste interiormente con una fuerte lechada de argamasa para darle más solidez, pero en el centro sólo se pone serrín con cola, para no aumentar el peso del conjunto.

Una vez agenciada la armazón del jarrón futuro, se van aplicando á él mariscos adheridos con cemento, en el que se habrá mezclado un poco de color verde; todo esto supone que el globo de vidrio que ha de constituir, invertido, la copa del jarrón, sirve por su circunferencia de punto de partida para buscar el tiesto y trazar el zócalo; es bueno que la circunferencia del globo sea bastante inferior á la del alvéolo destinado á recibirlo, y llenar luego los intersticios con arena fina impregnada de yeso, cemento ó mástic hidráulico.

Una vez asegurado el globo, se llena su casquete geométrico de arena de la más fina para formar el lecho del acuario; construídas aparte las rocas (de corcho) se las coloca de modo que queden fijas, apoyándose en el fondo y sujetas por la arena; luego se aplican en las hondonadas puñaditos de arcilla cubierta de musgo para que no se disuelva, y cuando ya se ha mudado muchas veces el agua del recipiente y están secas todas las argamasas, se colocan las plantitas acuáticas y los peces, que deberán ser de tamaño más exiguo cuanto más numerosos; todo esto resulta algo complicado, pero si el lector es impaciente puede tomar un trípode de cocina, rodear de trapos su coronilla (la del trípode) y ajustar dentro de ella un globo sin más adornos que el agua y los peces y cubriendo el trípode con papel de lija, de grado fuerte, pintado de verde y sembrado de hojillas de talco, asegurando antes el conjunto encima de una base de madera.

Algunas de esas operaciones, así como otras de que nos hemos ocupado en esta sección, necesitarían que

descendiésemos á más pormenores; en tal caso, pueden mis lectores pedirlos particularmente, porque no es justo



que lo que interesa á algunos ocupe el espacio de lo que á todos interesa.

JULIÁN.

Solución á la charada anterior:

A-TI-LA

CHARADA

Repitiendo cinco veces
la *prima* de mi charada
hay que formar la *segunda*;
parecerá cosa rara,
pero... ¡todo! ¿á qué ninguno
de los lectores la saca?

J. SOLER FORCADA.

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

————— BARCELONA —————

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

NUEVO
DICCIONARIO DE QUÍMICA
POR EMILIO BOUANT

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

**VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS**

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

EL MÉDICO DENTISTA

D. JOSÉ BONIQUET

ha trasladado su gabinete de la PLAZA REAL, n.º 2, á la
CALLE PELAYO, n.º 54, principal



Limpia la Sangre con la Zarparrilla del Dr. Ayer, que es el alterante de más confianza que jamás se haya compuesto. Para la escrófula, diviesos, úlceras, llagas, carbuncos, granos y todos los desarreglos provenientes de sangre viciada, esta medicina no tiene rival. Como tónico la

Zarparrilla del Dr. Ayer

ayuda á la digestion, estimula el hígado, refuerza los nervios y vigoriza el cuerpo cuando se halla debilitado por fatiga ó enfermedades. Mucha gente malgasta el dinero probando compuestos cuya principal recomendacion parece ser su "baratura." Las medicinas excelentes y de confianza no pueden obtenerse á bajos precios; y sólo se venden al pormenor á un precio moderado, cuando el químico fabricante se proporciona las materias primas en grandes cantidades. Es por consiguiente una economía el tomar la Zarparrilla del Dr. Ayer, cuyos valiosos componentes se importan en grande escala de las regiones en donde esos artículos son más ricos en propiedades medicinales.

Preparada por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E.U.A. La venden los Farmacéuticos y Traficantes en Medicina.

Ha curado á otros, le curará á usted.

COMPañÍA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS

Según se previene en la base cuarta de la escritura de emisión de las obligaciones de esta Compañía, tendrá lugar el día 15 del próximo mes de Marzo el séptimo sorteo trimestral de obligaciones, á las once de la mañana, en el salón de sesiones de la Sociedad, sito en la Rambla de Estudios, n.º 1, principal.

Las 19,990 obligaciones de la Compañía por amortizar, se dividirán para el acto del sorteo en 1,999 lotes de 10 obligaciones cada uno, representados por igual número de bolas, extrayéndose del globo 16 bolas en representación de las 16 decenas que se amortizan, conforme se indica en la tabla de amortización impresa al dorso de cada título.

Antes de introducirlas en el globo destinado al efecto, se expondrán al público las 1,999 bolas sorteables.

El acto del sorteo será público, presidiéndolo un señor Consejero de la Sociedad, asistiendo, además, el Director, Contador y Secretario general.

La Compañía publicará en los diarios oficiales los números de las obligaciones á las que haya correspondido la amortización, y dejará expuestas al público, para su comprobación, las bolas que salgan en el sorteo.

Oportunamente se anunciarán las reglas á que debe sujetarse el cobro del importe de la amortización desde 1.º de Abril próximo.

Barcelona 27 de Febrero de 1893.

El Secretario general
Carlos García Faria.

BÉNÉDICTINE

De la Abadía
—
FÉCAMP
—
LICOR
EXQUISITO al DIGESTIVO
—
SIN RIVAL

DEPOSITO: BURDEOS
108, cours du Jardin-Public

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

— DE —

— **BARCELONA** —

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encominará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.